

De tono épico la música cubana de este lado

ELISEO CARDONA

Especial/El Nuevo Herald

Esta noche de sábado, el espacio abierto frente al escenario del James L. Knight Center parece un restaurante de cinco estrellas. Hay bebedores y comensales de todo tipo (incluyendo personajes de la farándula local), vestidos como para recibir al Rey de España o a un desconocido príncipe de Lituania.

Otra impresión es la que causan los acomodadores que, tal vez por eso del uniforme de chaqueta roja y pantalón negro, sugieren improvisados *maitre d'* que repiten un extranjero rap: "¿VIP? Por acá. ¿Regular? Por allá?"

Causa curiosidad, pues, hasta que un cubano cincuenta que luce una guayabera tan afiladamente planchada que da pena vérsela puesta, pregunta con gran vozarrón: "¿De aquí pa' allá son quinientas cañas? Me voy pa' Versailles cuando termine esto".

No es pregunta filosófica ni remedo folclórico sino una referencia peculiar al precio de cada plato, fijado a modo de donación por los organizadores del Concierto por la Independencia de Cuba para los programas académicos del Instituto de Estudios Cubanos y Cubano-americanos de la Universidad de Miami.

Una actividad, por cierto, con enorme poder de convocatoria a juzgar por la muchedumbre que ha ocupado las 6,500 sillas del James L. Knight.

"Estas cosas se hacen jaiclás [*high class*] o no se hacen, vaya", dice otro cubano que observa, tabacón en mano, el menú al otro lado de los límites impuestos: tostones, sandwiches (cubanos?), jamoncitos, quesitos varios, *chips*, pastica,

ensaladita y Bacardí por un tubo y siete llaves.

En verdad, una escena de lo más normal si no fuese por lo que tenía de multitudinaria asamblea: unos comensales observados como en coliseo romano.

Pero esta noche de sábado las mejores impresiones vienen del espectáculo, de tono épico, altamente patriótico (sin duda) y algo mediático (en los últimos asientos sólo es posible una cercanía mediante las pantallas de televisión).

Eso sí, organizado hasta el último de los detalles, se trató de un concierto como apretada síntesis de las músicas cubanas que a este lado del Estrecho de la Florida se tienen por hiperfina: salsa a la Willy Chirino, sones de Roberto Torres, trova urbana de Albita Rodríguez, trova poética de Marisela Verena, *chanson* pop a lo Lisette Alvarez.

Abre el violinista Andrés Trujillo y su Grupo Habanera: danzones clásicos que rezuman nostalgia, acompañados por bailes de época que serían la delicia de un ejecutivo del Smithsonian. Pregunto a una cubanita casi recién llegada de la isla, y la respuesta parece una paradoja de Cioran: "Estos bailes de antes son nuevos para mí". Hmm.

Como siempre, Roberto Torres hace gala de un arte espléndido, finamente añejado por la experiencia en los escenarios. Apenas dos temas bastan para apreciarlo como un sonero "de los de verdad", de esos que improvisan (por ejemplo, *La mujer de Antonio*) y erizan la piel a un seguidor habitual de la salsa, perdón, de la música cubana.

Hansel, por el contrario, despliega una personalidad musical, digamos, menos atractiva:



Roberto Torres



Hansel

¿la voz áspera, las improvisaciones sosas? Nada que no pueda compensar una poderosa orquesta, que muestra el impacto de temas como *La esquina habanera*.

La pausa para un saludo



WILLY CHIRINO y Albita en un momento de su actuación.

FOTOS PEDRO PORTAL / El Nuevo Herald



Lissette



Marisela Verena

Liona Boyd, brillante instrumentista que en el contexto del concierto parecía un exotismo. Sólo es posible recomendar su *The Spanish Album*, delicioso disco compacto con temas de Albéniz, Tárrega y Lecuona que, seguramente, los melómanos curiosos se habrán devorado.

Algunos dirán que no, pero sí: cante donde cante (y cante lo que cante), Marisela Verena deja la impronta de una experiencia profunda. Su *Somos los que andamos*, interpretado con el acompañamiento del guitarrista Ahmed Barroso, la orquesta y las Lourdes Singers, fue lo mejor de la noche: una brillante metáfora musical del país cubano como país portátil. Un texto de épica íntima que, para el sabe apreciar, es una fuente de elevación.

Sin embargo, esta noche está puesta para la evocación alimentada de exaltaciones, y así se entiende que *Qué culpa tengo yo*, un tema de múltiples interpretaciones en la voz de Albita, se imponga como himno de reafirmación de la identidad

cubana en el exilio; acogido desde luego con una ovación cerrada.

El matrimonio del violinista polaco Bogdam Chruszcz y la pianista cubana Velia Yedra (alcaldesa de West Miami) desgrana con suprema elegancia *La volante* (Eduardo Sánchez de Fuentes), *La bella cubana* y *El zapateado* (José White), y antoja pedirles más. Para otra ocasión será.

Lo mismo puede decirse de la intervención de Lissette, que tejó la exquisitez de *La extranjera* con una nostálgica más que impactante *Copacabana* (a la cubana).

El concierto remonta alturas de baile con la intervención de Willy Chirino, que despacha sus éxitos (*Soy guajiro*, *Oxígeno*, *Tú eres mejor*) sin asomo de rutina. Una interpretación de *¡Que viva Changó!* (¿Celina González?), con Albita en los soneos, da paso a un *Nuestro día* (ya viene llegando) recibido con aplausos y ovaciones. Otra celebración patriótica para ver cuando llega de veras.

bluemonk@onebox.com

(desde México) en pantalla de televisión de Olga Guillot, es seguida por la guitarrista